

La Tragedia del «Casma»

Por

Ernesto ARRIAZA M.
Operario 1º, Armada de Chile

Hay acontecimientos que hacen noticia y van poniendo hitos en los anales de alguna Institución, cuando a ella solamente conciernen.

Este es el relato de un suceso ocurrido hace 59 años en que nuestra Armada hubo de lamentar un trágico accidente en el que perdieron la vida 6 jóvenes y esforzados miembros de ella: cinco cadetes de la Escuela Naval y un marinero de la Policía Marítima de Valparaíso.

El presente artículo rememora el accidente del transporte de nuestra Armada nacional "Casma", acaecido el martes 12 de septiembre de 1911 en la bahía de Valparaíso. Los hechos aquí narrados fueron extractados de la publicación que hiciera el diario "El Mercurio" en esa ocasión y complementados con informaciones verbales del marinero Alfonso Galaz, náufrago y actual sobreviviente de esa tragedia.

Naturalmente es penoso hacer recuerdos de esta especie, pero amparado tras el espeso velo que los años tienden sobre todo lo pasado, y ya frío y sereno el espíritu quise conocer y dar a la publicidad un hecho atribuido, según se desprende de los datos recopilados, a la precipitación y ejecución "contra la costumbre" de una maniobra tan importante como lo es el atraque y desatraque de embarcaciones menores al costado de un buque todavía no fondeado.

Entre los días 11 y 12 de septiembre de 1911 se efectuó en la rada de Quintero la revista de la Escuadra, comandada por el Almirante Aguirre, la que fue presenciada por algunos Ministros, Almirantes y varios Jefes navales.

Existía vivo interés por parte de los círculos de la Armada en presenciar esa revista, pues iba a efectuarse por primera vez en nuestro país el tiro de comba-

te dirigido desde una estación central en conexión con oficinas de control, sistema implantado en la Marina inglesa y posteriormente cedido a la nuestra.

En la tarde del lunes 11 se efectuó la revista de personal y material y en la noche de ese mismo día se simuló un ataque de destructores.

El día siguiente, 12, fue el de mayor interés para todos los asistentes, pues en él se llevó a cabo el tan esperado tiro de combate.

Parte de la comitiva fue conducida por el transporte "Casma", el cual zarpó a las 06.00 de la mañana desde Valparaíso. Entre las numerosas personas que la integraban viajaron dos empleados de una compañía cinematográfica, los que habían sido invitados por el Ministro de Marina señor Alejandro Huneeus, con el objeto de tomar algunas vistas de las maniobras, dada la importancia del nuevo sistema de fuego a emplearse.

También, y por disposición de la Dirección General de la Armada, fueron llevados esa mañana a presenciar el tiro, los alumnos del 5º curso de la Escuela Naval, el que estaba integrado por los siguientes cadetes: Luis Barrientos, Oscar Lavín, Federico Gutiérrez, Manuel Rodríguez, Leandro Alvear, J. Antonio Alviña, Víctor Benítez, Carlos León, Raúl Polanco, Caupolicán Ponce, Juan Agustín Rodríguez, Manuel Unwin y Alfredo González Echeverría y el Oficial instructor Capitán de Corbeta, Carlos A. Jouanne. No pudieron asistir por encontrarse enfermos, los cadetes Guillermo Fernández y Alejandro Hinojosa.

En la tarde, la Escuadra regresó a Valparaíso y junto con los buques regresó también el "Casma", trayendo a su bordo a los cadetes ya nombrados.

El transporte se adelantó a la Escuadra, viró y puso proa hacia afuera para proceder a tomar su fondeadero en las cercanías de los buques de guerra, el que posteriormente rectificó yéndose un poco más hacia el muelle de los astilleros de Las Habas. Un entorpecimiento del cabrestante impidió la maniobra de fondeo, quedando aguantando sobre sus máquinas, por lo que vióse obligado a amarrarse con espías.

Serían más o menos las 18.05 horas cuando se acercó al costado del "Casma"

la lancha N° 1, a vapor, perteneciente a la Gobernación Marítima, con el propósito de tomar a su bordo a los 13 cadetes y al Capitán Jouanne para trasladarlos a tierra. El comandante del "Casma", capitán Gándara, autorizó el atraque de la embarcación, la que venía tripulada por las siguientes personas: Teniente de la Policía Marítima, José del C. Contreras; mecánico, Pedro Camus; patrón, Virginio Balmaceda; fogonero, Moisés Gac y los marineros Alfonso Galaz, Celedonio Aravena y Moisés Arias.

Hay que hacer notar en esta parte de los hechos, que al efectuarse esta maniobra, la lancha no atracó en la forma acostumbrada y según las prácticas marineras, sino que lo hizo en sentido inverso, o sea, con su proa en dirección a la popa del buque. Esto, naturalmente, llamó la atención de muchos, pero al parecer no se le dio la debida importancia, ya que nadie se imaginó que ese detalle, tan tomado a la ligera, iba a ser el causante directo del accidente y que tendría tan desafortunado epílogo.

Una vez arriado el portalón, los cadetes comenzaron a tripular la lancha, haciéndolo en último término el cadete Lavín. En los momentos en que el Capitán Jouanne, que se encontraba en la plataforma inferior de la escala contando a los que se embarcaban, acompañado por el Capitán de Navío Luis V. López, se disponía a saltar junto a sus alumnos, la lancha se separó del costado. Se temía que una de las espías del transporte se cortara por estar demasiado tirante. Advertida esta circunstancia por los del "Casma", el comandante Gándara ordenó el desabraque de la lancha porque el buque iba a ponerse en movimiento. Luego de consultar desde el puente si el buque estaba claro de su costado y contestársele afirmativamente, el comandante mandó dar avante "poco a poco" a la máquina.

Como la lancha se encontraba en sentido inverso al "Casma", al avanzar ésta, aquella iba quedando cada vez más cerca de la popa, lo que habiéndolo notado el Capitán López gritó al patrón que diese máquina atrás. Efectivamente, la maniobra fue efectuada prestamente, lo que le permitió alcanzar nuevamente la escala de descenso.

Como el movimiento del "Casma" continuara, se dio nuevamente orden de dar atrás a toda fuerza a la lancha, pues otra vez esta embarcación iba quedando peligrosamente cerca de las hélices del buque.

Esta vez la maniobra no fue ejecutada, quizá por error involuntario del patrón o porque a causa de la confusión, que ya empezaba a insinuarse, no entendió con claridad la orden dada.

Avanzó la lancha y una de las palas de la hélice del transporte la golpeó cerca del centro levantándola y volcándola con todos los que la tripulaban. En seguida otros violentos golpes terminaron por destrozarla y, sacudida poderosamente por las aspas, se fue a pique rápidamente. Eran las 18.09 hrs.

Como se comprenderá, todo ocurrió en contados segundos. Los instantes que siguieron fueron verdaderamente espantosos para aquellos infortunados que se debatían en las oscuras aguas, luchando desesperadamente contra la furbulencia que los acercaba lentamente a esa tremenda masa de hierro que giraba acelerando siempre más y más como un gigantesco remolino y que acabaría por triturarlos.

Los gritos entre aquel torbellino infernal de agua y oscuridad contribuían a darle mas dramatismo a ese cuadro de horror y desesperación.

El volcamiento de la lancha fue advertido inmediatamente por los oficiales López y Jouanne, quienes subieron rápidamente a cubierta, gritando que se parasen las máquinas.

El Ingeniero Buzeta, del "Casma", declaró que se encontraba en la máquina atendiendo a sus deberes profesionales, cuando recibió la orden de dar avante, lo que ejecutó de inmediato. Pasados breves instantes, se percató de que algo anormal estaba aconteciendo. Efectivamente, notó que la hélice era entorpecida por algo extraño, por lo que ordenó detenerla.

Pensó que se trataba de una varadura, sólo después se impuso de lo ocurrido.

A causa de los golpes dados por la hélice contra la lancha, una de sus aspas se quebró, quedando en consecuencia sólo con tres.

Se buscaron salvavidas para arrojarlos a los naufragos, pero no había ninguno

en cubierta. Algunos cadetes se aferraban a objetos que flotaban, como ser malletas, los cojines de la lancha, etc. Otros se debatían con las olas. Unos pedían auxilio mientras trataban de quitarse la capa que llevaban puesta y abotonada, obligándolos a hacer enormes esfuerzos para poder mantenerse a flote, mientras otro, presa quizá de un ataque de nervios, se puso a cantar. Uno de los que asido a una maleta conseguía a duras penas mantenerse en la superficie, había llegado hasta las cercanías del "Riquelme", casi exánime. Si no lo socorren con presteza hubiese perecido, pues sólo mantenía fuera del agua las manos que alza-ba y agitaba en su desesperación.

Desde el "Casma" se arriaron botes con la prontitud que es de suponer, mientras que desde los demás buques hacían otro tanto y encendían sus proyectores iluminando el sitio de la tragedia, percatados ya de lo que estaba sucediendo.

Los minutos que pasaban eran verdaderamente angustiosos y todos creían que el número de víctimas podía aumentar si no llegaba rápidamente el socorro.

La llegada de las embarcaciones de auxilio vino a devolver en parte la calma tan necesaria en las cruciales circunstancias que se vivían. Pero ella sólo debía ser momentánea, pues el hallazgo del cadete Alfredo González hizo ver la magnitud de la desgracia.

En efecto, al rescatársele desde el mar, horrorizados pudieron constatar que una de sus piernas la tenía prácticamente amputada. Esta sólo se mantenía junto a su cuerpo sostenida por sus ropas. Se cree que al producirse el volcamiento el cadete González debió caer cerca de las hélices del "Casma". Llevado por el natural instinto de conservación trataría de hallar desesperadamente un asidero para no hundirse, pero, desgraciadamente, atraído por los remolinos de las hélices, una de ellas lo alcanzó golpeándolo ferozmente en una de sus piernas, cortándosela.

Cuando el bote que lo rescató llegó a su lado, González Echeverría, que sangraba abundantemente por su herida, dijo a los que lo tripulaban: "Súbanme compañeritos". Ya en él, fue acomodado boca abajo para tratar de hacerle botar el agua que tenía en el estómago, pero agotado por la falta de sangre, el infor-

tunado cadete dio una vuelta sobre su cuerpo y exhaló su postrer aliento. En el "Casma" se le prestaron solícitos cuidados médicos, con la remota esperanza de que pudiese producirse alguna reacción favorable, siendo inútiles todos los esfuerzos que se le prodigaron para conseguirlo.

Nadie pudo explicarse nunca, cómo este muchacho logró mantenerse a flote en el calamitoso estado en que se encontraba.

Pasadas las tribulaciones de los primeros momentos se pudo establecer que faltaban a lista los cadetes Oscar Lavín, Federico Gutiérrez, Luis A. Barrientos, Manuel Rodríguez y el fogonero Moisés Gac. El Capitán Jouanne visitó los demás buques para ver si en ellos se encontraban los desaparecidos, pero su búsqueda resultó infructuosa. Se dio aviso a los muelles para saber si habían alcanzado tierra firme por aquellos lugares y también tuvo la misma desalentadora respuesta, por lo que hubo de venir al convencimiento de que también habían sido víctimas del accidente, con lo cual este revestía caracteres de verdadera catástrofe.

Se cree que algunos jóvenes perecieron al quedar aprisionados debajo de la lancha que se volcó y hundió junto con el fogonero Gac. Otros, posiblemente por no saber nadar, se habrían aferrado a los que sí sabían y aprisionándolos en su desesperación, se fueron todos al fondo del mar. También era factible que la hélice los hubiera atrapado al igual que González y los destrozara.

Parte destacada en las labores de salvamento tuvo el Teniente Róbinson de dotación del "Riquelme". El salvó a los cadetes Unwin y León y a dos marineros.

Los demás sobrevivientes fueron llevados a bordo del "Casma", desde donde fueron trasladados a la Escuela Naval

junto con el cadáver de Alfredo González, a quien se le erigió una severa capilla ardiente, instalada en la sala de armas de la Escuela, acompañado por una guardia de honor de cuatro de sus compañeros. Los buques de la Armada, la Escuela Naval y la Gobernación Marítima izaron sus respectivos pabellones a media asta.

Durante todo el día siguiente (13), buzos de la Armada se dedicaron a rastrear el sitio donde había ocurrido la tragedia con el fin de encontrar los cuerpos de las víctimas o la lancha que se había ido a pique y en la que posiblemente aún podrían estar. El rastreo llevado a cabo minuciosamente, y sujeto a las limitaciones humana y material, no tuvo el resultado esperado.

Desde los más diversos círculos e instituciones de toda índole, autoridades y destacadas personalidades hicieron llegar sus más sentidas expresiones de pesar y condolencia.

Los funerales del malogrado cadete efectuaron el jueves 14, partiendo el cortejo a las 09.00 hrs. desde la plazuela Aduana, en dirección al cementero N° 1 de Playa Ancha, en donde se encontraba la bóveda de la familia del extinto. La Escuela Naval, en su totalidad, formó con su estandarte enlutado, su banda de guerra y la banda instrumental del Depósito General de Marineros.

Por algún tiempo se siguió recordando cada año a las víctimas de la catástrofe del "Casma", yendo en romería hasta el lugar en donde aquella tarde succumbieran, arrojándoseles una corona de flores sobre las aguas que les sirvieron de tumba. Pero como lo dijera al comienzo de la presente narración, el espeso velo que los años tienden sobre todo lo pasado, terminó con esa tradición y hoy sólo perdura en el recuerdo de los que conocieron el hecho y en el de los que aún sobreviven.